

Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel

CARMEN MEJÍAS BONILLA

Subvencionado por:



Madrid, 2010

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal:

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

BARRIO DE MARAVILLAS, DE ROSA CHACEL

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR LA AUTORA EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 21 DE SEPTIEMBRE DE 2009)

Muy buenas tardes. Es un placer estar de nuevo con ustedes, y un honor abrir este año universitario. Para esta ocasión les propongo darnos un paseo por un pequeño y castizo barrio de Madrid de la mano de la gran escritora que fue Rosa Chacel y percibir la ciudad de principios del siglo XX según nos la cuenta en su novela *Barrio de Maravillas*.

Rosa Chacel nació en Valladolid, donde se nutrió de la vida de provincia y de la lengua española en estado puro, lo que fue su gran tesoro y la clave de su literatura. Con 10 años vino a Madrid a vivir a la casa de su abuela que estaba situada en el Barrio de Maravillas, concretamente en la calle de San Vicente Ferrer, 28.

El barrio de Maravillas es el que se extiende alrededor de la plaza del Dos de Mayo entre San Bernardo y Hortaleza, hoy quizá más conocido por el barrio de **Malasaña**, muy concurrido en la noche madrileña. En esa plaza del Dos de Mayo se honra y recuerda la resistencia madrileña contra la invasión francesa con el monumento a los héroes Daoiz y Velarde. A sus espaldas está la trasera de la iglesia de las Maravillas, que da nombre al barrio, construida en el siglo XVII y a la que también llaman de los Santos Justo y Pastor. El nombre de Maravillas le viene porque guardaba una imagen de la Virgen con un niño en brazos que fue encontrada por unas monjas entre unas matas de caléndulas, que en muchas partes llaman “maravillas”.

Titular la novela con el nombre del barrio, le permite jugar con su doble significado; porque además de ser su nombre propio, es realmente un barrio lleno de “maravillas” que embelesan la infancia de sus protagonistas.

Rosa Chacel nace en el mítico año de 1898, en el mismo año que nacieron García Lorca, Borges, Dámaso Alonso entre otros; el doloroso año de la pérdida de las Colonias, el llamado, con mayúscula, Año del Desastre. Precisamente en su primera novela *Desde el amanecer*, que es la biografía de sus primeros 10 años de vida, declara: *Empiezo por confesar mi orgullo más pueril, el de haber nacido en el 98*. Y continúa: *La fecha es suficientemente señalada para que sea necesario explicarlo. Por aquel entonces unos cuantos españoles pensaban, hablaban, escribían, luchaban; otros engendraban criaturas que tenían sentido y misión de compensaciones. Ya se ha señalado que en ese año fueron muchos los trabajadores*

que nacieron en España: todos con más méritos que yo: ninguno con más ganas; ganas, entiéndase bien, de acudir. Así pues nací en Valladolid ese año, día de Santa Clotilde, por eso es el segundo de mis cuatro nombres: Rosa, Clotilde, Cecilia, María del Carmen.

Según nos cuenta Julián Marías¹, Chacel *fue una niña de extraña precocidad, inteligente, observadora, perspicaz, “lechucita”, que no fue a la escuela sino que estuvo en casa educada por sus padres.* Ella misma nos lo cuenta: *... Mis padres eran lo único que yo estudiaba con constancia y con sistema. Yo sabía que mi madre era perfecta; tenía todas las habilidades, sabía de todo: era tal como yo quería ser, tal como debía ser. Mi padre era inaguantable, violento, disparatado; tal como yo era, reconociéndole también ciertos valores que también me reconocía a mi misma...*

Sus padres tenían inclinaciones literarias y artísticas que desplegaron profusamente en el ámbito familiar. Su educación tuvo mucho que ver con sus inclinaciones estéticas, pues para Chacel la estética es sin duda su vocación primera y última. En su adolescencia siente una fuerte llamada hacia el arte, y su madre la matricula en la Escuela de Artes y Oficios de la calle La Palma. Después Rosa decide estudiar escultura y se traslada a la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando donde cursará sólo tres años, porque se da cuenta que lo suyo es dedicarse a esculpir y dibujar con la palabra sus imágenes.

Ya en Madrid recibió el magisterio de Ortega y Gasset. Fue su estudiosa y admiradora, como también lo fue de Juan Ramón, de Gómez de la Serna... Siguió la filosofía de Ortega, y sobre todo asumió los preceptos orteguianos para proceder con la palabra: claridad, sencillez y exactitud. Sin embargo la única influencia literaria que ella confiesa reiteradamente es la de James Joyce una vez que ha leído el *Retrato del artista adolescente*. Ella misma cuenta: *El descubrimiento de Joyce me dio la seguridad de que en novela se puede hacer poesía, belleza, pensamiento, horror, fealdad...*

Es la prosista de la generación de 27, aunque haya sido invisible en los libros de texto de mi generación, y en muchas relaciones de autores. Pero sí, es la narradora del 27 y aportó su intensa voz femenina a la vanguardia cultural de la época y trabajó buscando nuevas formas que renovaran el realismo. Dio a la literatura española una gran novedad narrativa. Con su *Estación de Ida y Vuelta*, (1930), se anticipó al movimiento francés que en los años 60, (o sea, 30 años más tarde de ser editada) daría en llamarse *le nouveau roman* cuyas características serían la desaparición del héroe novelesco, la ausencia de intriga, la destrucción de las unidades lineales de tiempo y espacio, y un cierto desdén por la explicación de la sicología de los personajes.

1 Artículo publicado en ABC en 1998

Ella se reconoce renovadora de la forma, pero no de la lengua, *mi lengua es coloquial, sencilla, la que habla el pueblo. Pero en la construcción de la novela sí he renovado. Fue el descubrimiento de Joyce lo que me llevó por ahí.*

Políticamente comprometida con la República, firma en 1936 el Manifiesto fundacional de la Alianza de Intelectuales Antifascistas contra el levantamiento militar, y por ser útil en tan dramáticos momentos se alista a la Cruz Roja como enfermera. Pero Madrid ardía y Chacel que ya tenía a su único hijo, Carlos, sintió temor por él y se marchó de Madrid, a la que ella llama “la capital del dolor”, poniendo rumbo a Valencia. En 1937 se marchó de España y viajó por Europa y América, fijando su residencia en Brasil, aunque a partir de los 60, realizó esporádicos viajes a España.

Finalmente decide volver para quedarse en la década de los 70. Fue entonces cuando comenzó su reconocimiento oficial. Es esta novela, *Barrio de Maravillas*, la que supone su consagración al gran público y la primera que publica tras volver del exilio, gracias a que la Fundación Juan March le otorgó en 1973 una beca de creación para terminarla.

En 1976 ganó con ella el Premio de la Crítica pero los reconocimientos oficiales tardaron mucho más e incluso alguno no llegó nunca. La Academia de la Lengua finalmente no la nombra académica y tiene que esperar a tener 89 años para que se le otorgue el Premio Nacional de las Letras Españolas, quizá el premio más relevante de los que da el Estado en el ámbito literario si descartamos el Cervantes, que tampoco se lo dieron a pesar de ser la eterna nominada. Murió a los 96 años sin que la tribu literaria terminara de soportar su altiva ancianidad que no fue sino la actitud vital que la había acompañado desde su nacimiento.

En una entrevista realizada un año antes de morir, le pregunta el periodista:

– *¿Porqué no ha recibido Rosa Chacel el Premio Cervantes?*

– *Evidentemente porque no me lo han querido dar. Quizá se deba a que tengo el defecto de que digo las verdades crudamente y esto no cae bien en algunos círculos. He sido propuesta tantas veces que cuando leo la candidatura lo hago con incredulidad. Claro que me gustaría obtenerlo, aunque hay escritores que me ganan en todo, especialmente en la posibilidad de tener más años que yo para recibirlo.*

En 1989 la Universidad de Valladolid la nombró doctora *honoris causa* y, un año después, la Comunidad de Castilla y León la otorgó el Premio Castilla-León de las Letras.

Ya les he dicho que su vocación primera y última fue la Estética. Interés que compartió con su marido, el notable pintor extremeño Timoteo Rubio con el que se casó en 1921 y al que debemos el retrato más conocido de Rosa Chacel. También le debemos el salvamento durante la Guerra Civil de grandes obras maestras de Goya, Velázquez y

otras muchas que se guardaban en el Museo del Prado, pues Timoteo Rubio fue, de una manera totalmente altruista, presidente de la Junta de Defensa del Tesoro Artístico.

La ausencia de España como consecuencia del exilio no le resulta tan dolorosa como fue para otros. Así lo manifiesta en una entrevista que le hace Asunción Mateo en 1993:

– *Sí, nosotros éramos lo que se llama gente liberal, de izquierdas, eso ya lo viví yo en mi casa desde niña. Nuestros amigos en aquellos momentos eran la familia Alborno, Don Fernando de los Ríos... Salimos de España en 1937 hacia París, yo no quería que Carlos, nuestro hijo que tenía 6 años, pasara una guerra. En el 38 me fui con el niño a Grecia y luego a Ginebra. Estuvimos viviendo bastante tiempo en Suiza y luego en Brasil.*

– *¿Le resultó difícil integrarse en España tras la larga ausencia?*

– *Nada, nada. Yo no he sido nunca posible exiliada. Soy viajera por naturaleza, me adapto con una facilidad tremenda a cualquier lugar en el que tenga que estar. Para mí el exilio no fue tan duro como fue para otros. Tengo que reconocer, con vergüenza, que no sufrí nada en el exilio. Digo lo de con vergüenza porque otros exiliados sí que sufrieron y mucho, pero yo no padecí nada. Bueno, estuve sin una peseta, pero como he estado igual toda mi vida, del exilio no puedo quejarme. Nos acogieron en todas partes con los brazos abiertos. El exilio para mí ha sido conocer pueblos, otra cosa no puedo decir².*

Barrio de Maravillas es la primera novela de la trilogía *Escuela de Platón* a la que le siguen *Acrópolis* y *Ciencias Naturales*. Tiene como fundamento el relato de lo que su memoria guardaba de ese Madrid que vivió estrenando el siglo XX. Los protagonistas son vecinos de una casa que, como ya les he dicho, está situada en la esquina de la calle de San Andrés con la calle San Vicente Ferrer. Y les digo que está situada porque aún sigue de pie el mismo edificio de tres plantas más buhardilla o sotabanco, y aún continúa en la esquina la misma farmacia que aparece en la novela y todavía mantiene en su fachada la misma azulejería que publicitaba en aquella época de principios de siglo a los “Laboratorios de Especialidades Juanse”. En esa farmacia compran los protagonistas los litines y las papeletas de antipirina.

Contigua a la farmacia, la novela nos habla de una pollería. Ese local sigue existiendo hoy. Es un local que también ha conservado su antigua fachada de azulejos, con unas gallinas pintadas que campan a sus anchas. El Ayuntamiento puso en la finca una placa en 1991 haciendo honor al recuerdo de los tres años vividos por la escritora, y por el he-

2 *Retrato de Rosa Chacel*, por María Asunción Mateo. Círculo de lectores. Galaxia Gutenberg 1993

cho de ser ese mismo edificio el que se relata en la novela que hoy tratamos. Yo les aconsejo a los que hace tiempo que no hayan paseado por aquel barrio que lo hagan porque tiene un sabor especial; una solera muy madrileña y la vida diaria es la de un barrio vivo, alegre, luminoso y con historia.

La vecindad de la novela nació en la casa con el siglo XIX, y a principios del XX ya convivían tres generaciones. Elena e Isabel, las protagonistas más jóvenes, desarrollan su amistad favorecida por la proximidad que las permite satisfacer la urgencia de sus confidencias adolescentes. Con ellas vamos y venimos por el barrio. Conocemos las costumbres, los sentimientos y las ideas de sus gentes, las industrias familiares; la farmacia, la pollería, la lechería, el colegio... Y las vemos madurar al tiempo de estallar la primera Gran Guerra, la guerra del 14.

Dos años antes, según nos cuenta en la novela... *España estaba afectada por un mar de fondo, no sólo en la península sino también en las tierras de ultramar.* Habían asesinado a Canalejas, y al rememorar ese momento político piensa sobre la ética del exilio voluntario. Su reflexión se la encasqueta en forma de soliloquio al abuelo de Elena, un maestro de música, un liberal que acude diariamente a esos sótanos madrileños en los que se suscitaba la discusión política. El anciano se pregunta:

¿Es posible, cuando el piélagos terrestre se agita en sus raíces, cuando se oyen sus convulsiones profundas, sus gemidos, sus maldiciones, sus amenazas...? ¿Es posible henchir la vela con el viento del arte que no yerra, que siempre llega a puerto?... La cuestión no es sólo si es posible, sino si esa salvación personal, si esa escapada es deserción o si, por el contrario... Si lo fuera no costaría tanto trabajo, tanto esfuerzo, tanto buceo en lo más auténtico...

Y la reflexión está presente a lo largo de toda la novela en forma de monólogos interiores muy vivos y diálogos llenos de chispa, sobre todo entre esas niñas-adolescentes que reflexionan como filósofas.

Pero también **vemos**. La novela tiene momentos de narrativa cinematográfica. El cine en ese momento es el nuevo arte. *Un vapor que todo lo inundaba.* Ella afirmó que el verso de Rafael Alberti: *Yo nací –respetadme– con el cine*, es un manifiesto de su generación.

Y en planos cortos e intimistas el lector asiste a la preparación del Carnaval, que es la alegría de las criaturas y también de los mayores que las dirigen. Un carnaval en el que se vuelca todo el vecindario que solidario y artesano tiene la aspiración de ver brillar su laboriosidad la tarde del desfile en Recoletos: *Todos estarán pendientes de que llegue ese día, ese domingo radiante –radiante sólo unas horas, las que tarde la carroza en recorrer la Castellana y Recoletos...*

En la novela se siente el tiempo como si fuera un vehículo cadencioso que transporta a los seres con su movimiento inevitable. Pero ese ser que se mueve con el tiempo porta inevitablemente a su niño con él. Ese niño que todos guardamos para siempre en nuestro interior afectado por todas las añoranzas que nos acompañaron.

Y pasando el tiempo, se suceden las estaciones en este Madrid extremo:

*...**Mayo** no achicharraba todavía; sacaba mágicamente de la tierra la legión de los lirios y extendían su color violáceo al borde de todos los caminos... Los lirios, el alimento de los elfos, de las driadas...*

*...**Junio** anticipando pródigamente la hoguera, achicharrando toda hierba, friendo pájaros en el aire. El ambiente de horno, el olor de las tejas recalentadas, y la luz reverberante, el resol, el resistero se hacían presentes en el estudio. No llegaban como una nueva primavera, sino como un eterno, sempiterno, pertinaz genio del calor, vestido de recuerdos... Se hacía presente el fin de curso. Había que afrontar la tregua que se llama "época de vacaciones..." Sólo había una gran atracción, pero lejos ¡Nada en el barrio! y bastante cara. El Príncipe Alfonso, donde iban las chicas a la moda y los chicos, los que fluctuaban en sus predilecciones...*

El Príncipe Alfonso era un circo situado en la calle Génova que luego se transformó en teatro, y que fue quizá uno de los teatros especializados en teatro infantil gracias a una idea de Jacinto Benavente.

Las noches de junio soportables en largos y no apresurados paseos. Un breve rodeo por el bulevar de Velázquez ya caída la flor de las acacias, mesas y sillas de algunas cervecerías donde los noctámbulos están extasiados bajo la Vía Láctea. De aquel correteo nocturno surgió el conocimiento de otro cine aún más modesto, más barato, el Pardiñas. Techo de lona como en un circo, bancos de madera..., pero en la pantalla el mismo esplendor, los mismos rostros queridos, los mismos horizontes. Todo contribuía al veraneo dichoso. Todo se soportaría esperando la noche. Noches calmas y risueñas se extenderían a lo largo de junio.

*...**Julio**, en donde se profesaba la reserva de aquellas horas secretas. Se silenciaba por pudor el hecho de ser asiduas al Pardiñas... Llegaría septiembre. En San Fernando no se entraba como en la calle de la Palma, mediante un sello de diez céntimos: les esperaba un examen de ingreso. Pero eso no era temible, lo arduo, lo difícil, era soportar la polvareda.*

*...**El otoño** avanzado ya, crepúsculo temprano: las seis y ya oscureciendo. Viento de la sierra cortante, invernal, pero, en la luz, una reminiscencia lu-*

minosa, una oposición a la oscuridad. Primeras estrellas casi imperceptibles en el cielo límpido, y abajo en las calles, los primeros alumbrados de comercios, y portales. Luces con fisonomía propia, con carácter profesional, laboriosas, cumpliendo amarillamente sobre tabernas o pequeños talleres donde se desojan viejos zapateros: luces estridentes en las bombillas sin tulipa.

Zapateros, vinateros, hojalateros y todo tipo de artesanos laboraban en los locales del barrio, en un Madrid menestral donde cada barrio tenía su establo y despacho de leche.

...El aliento, el vaho de la lechería. Las comadres del barrio, las muchachas de servicio, todas las hembras aunadas en la camaradería de sus cocinas, acudiendo a participar de la blancura imprescindible, como si nadie, entre los viejos y adultos, entre las amas de casa o los militares, los empleados, los obreros, los ministros..., nadie pudiera pasarse sin su lactancia cotidiana. Botellas, jarros y lecheras de aluminio alineadas en el mostrador van recibiendo la justa medida.

El establecimiento cultural que tienen nuestras protagonistas más a mano es la librería de viejo. Allí las adolescentes disfrutaban buscando, con el íntimo placer de tener unas monedas, para afrontar la suerte de cualquier hallazgo. Entre libros des encuadernados o incompletos pueden encontrar grabados y magníficos dibujos a plumilla con los que se ilustra la Historia. Mientras, en la calle, apresuran su paso los que entregan a domicilio los partes telefónicos, y caminando sin prisa vemos a uno de los personajes singulares de Madrid:

El bohemio, que viene o va al café, a algún café de los de nombres famosos, Pombo³ tal vez, o tal vez Zaragoza, donde hay música difundida por violines exquisitos, místicos, música profunda y silenciosamente escuchada por poetas. El bohemio envuelto en su capa, con su sombrero blando, ligeramente aludo, un poco ladeado, va a aparecer de un momento a otro por San Vicente. Es su camino y su hora es, más o menos, las siete... Va probablemente a tomarse unas copas, una cerveza o vermut, o algo más fuerte porque beben mucho; todos los poetas beben mucho, es sabido.

Aparece por fin el bohemio... Viene a buen paso, sin prisa. Embozado en su capa, no por el frío, sino por el negligente acorazamiento que da el embozo; por el autoabrazo en que el embozado se aísla, se afirma, se acompaña. El bohemio pasa, las chicas le miran temerosas, indiscretas; casi se paran, querrían detenerle o volver atrás para encontrarle otra vez y ver mejor los detalles que se les escaparon.

3 Ubicado en la calle Carretas, cerca de la Puerta del Sol. En 1912, Ramón Gómez de la Serna inicia su famosa tertulia.

– Es feo, para qué vamos a negarlo.

– Yo no os dije que fuese guapo. Tiene carácter, se diferencia de cualquiera de los tipos que andan por ahí...

– Eso sí, eso es verdad; es inconfundible. Pero es lástima que no sea un poco más... ¡Qué sé yo!... Tiene, me parece que tiene un ojo...

– Sí eso yo también lo he visto; tiene un ojo biroque...

– ¡Oh! ¡Qué exigentes, qué meticulosas! –os habéis puesto a examinarle y yo quería que le miraseis como una figura, un tipo... Un hombre, un poeta que tiene su nombre de ciudadano: Emilio Carrere...

Para Chacel todo conocimiento se lo debemos a los sentidos, es decir, a la vista, olfato, oído, gusto y al tacto y por tanto los ejercita continuamente en su narrativa. En esta novela están presentes todos y se entremezclan, como en la vida misma, y todos se le activan al lector a través de sus páginas.

La vista es un sentido posible gracias a la luz. Chacel la distribuye como una extraordinaria pintora. En cada ámbito, en cada espacio de su novela vemos la luz produciendo sus efectos:

...La luz mira al barrio con mirada hipnotizante... Su torrente sólo puede ser soportado con sordina... Persianas verdes, sensibles al aire, temblonas como alamedas. Visillos blancos, leves, nupciales, como mosquiteros; muselinas opalinas, transparentes de tela encerada... La luz no entra allí para ser vista, sino para cumplir su misión... La luz llega con el alba y va mirando pálidamente las cosas encubiertas... La luz, en esa hora, es acogida a través de esas pantallas y ella mira los cuartos pulcros, las camas mullidas, los cuerpos descubiertos... La luz va corroborándolo, poniéndolo todo en su lugar...

Dentro de las guardillas, la luz apenas se posa en viejos baúles, en cestos desfondados, bañeras de zinc, retratos ancestrales, bronces repudiados por la moda. Luego en la escalera, la luz cenital de la claraboya se esparce magnánima a cualquier hora; esplendente al mediodía, casi agobiante en el último piso, despiadada al final de la ascensión, y cada piso tiene su coloquio con la luz, porque la luz en cada reducto íntimo mira con el gesto que el diálogo suscita... La luz agota o recoge sus últimos velos de ocaso, se levanta sobre los tejados vestida de lentejuelas y deja en la calle a sus acólitos o vicarios. Van, a lo largo de las aceras, encendiéndose los reverberos de gas.

El oído se ejercita gracias al piano del maestro de música. Suena por toda la casa y se mezcla con el *pick-up* de bocina de su vecino el melómano, enamorado de Schubert... El oído también es capaz de percibir el estado de ánimo de quien pulsa un timbre. ...*El timbre delataba el titubeo, la duda de quien lo oprimía temiendo que no respondiese la persona llamada, y aquella vez no respondió. Sonó como siempre; primero una vibración apenas audible y luego ya un breve timbrazo sin remedio: Ya está, ya sonó, ahora a esperar.*

Pero entre todos los sentidos, quizá sea **el olfato** el más evocador, el que fija mejor el recuerdo y es capaz de transportarnos a tiempos lejanos. Madrid desprendía entonces los olores de su tiempo... *La luz se une en dignación esencial con el vaho del pucherito en la hornilla de petróleo, con el petróleo mismo, con las sustancias químicas servidoras de la higiene; lejía, zotal, jabón amarillo empapando el atadizo de esparto... Olores crueles como celadores vencidos a veces por los olores caseros, sensuales, capciosos; ajo y cebolla, laurel, pimentón... La luz necesaria confundida con estos aromas...*

Aromas que no siempre lo son... *el olor de todos los humores humanos, como los que se concentran en una habitación de enfermo, con el sudor que convierte la almohada en algo fangoso de donde trasciende el olor a la lana mojada –como una oveja bajo la lluvia,... Todo ello interrumpiendo, rechazando mas bien, a la primavera, que está empezando pero que no entra en la alcoba... porque el espacio cúbico del cuarto está henchido por la trementina, por el vaho de eucaliptus hirviendo en la olla de barro...*

Y con el sentido del **gusto** nos emocionamos de sabores. Elena asiste a una función en el Teatro Real, pero lo que la enamora es el chocolate que se vende en el ambigú.

Las luces, la felpa roja del palco y los bombones, sobre todo los bombones. Las conocidas y sorprendentes cremas encerradas en la cáscara dura de chocolate fondant blanco, la vainilla amarillenta y la frambuesa rosada... Todo eran palabras de amor. Eran como notas que no se oían, pero se sentían; se recibía su sabor como una palabra y se respondía con el asentimiento del gustar, paladear, desleír hasta el último vestigio del sabor, hasta borrarlo, consumir el último resto, perseguir con la lengua por todos los repliegues de las mucosas la estela del perfume hasta comprobar su extinción, hasta quedar en el sabor neutro de la propia lengua que se reconoce en su casa y desea uno más, desea romper otra vez la cáscara de chocolate amargo y desleír una nueva crema y oír aquellas notas que fueron como canción de cuna.

Hasta la amistad se saborea: *La confianza, reino, universo de las mujeres, eleva a una a la madurez en la escucha, devuelve a otra la juventud, a la doncellez incauta, a la dadivosa entrega de secretos, en el saboreo mutuo en que la amistad reparte sus caramelos, sus confites multicolores, comunicándose las mentas y grosellas, los matices del secreto, alcanzando su más exquisita y profunda verdad con los términos elementales y la simplicidad del habla común.*

Pero no es fácil describir un sabor. Piedita, una de las amigas de las niñas, cuenta en una reunión cómo le gustaba chupar de pequeña las agujas de ganchillo;

– *A mi también me riñe mi madre por chupar las agujas.*

– *Ah, ¿tú también las chupas, eh?*

– *Yo y todo el mundo. ¿Usted no las chupa, doña Laura?*

– *¡Qué cosas tienes!*

– *Pero que tontería, ni que fuera una cosa mala chupar las agujas de gancho. ¿Le parece a usted que no se debe preguntar?*

– *¿Porqué no? No es nada malo.*

– *Entonces, ¿las chupa usted o no las chupa?*

– *Bueno... alguna vez puede que las haya chupado.*

– *Eso es lo que quería saber, porque si alguien no las ha chupado nunca no puede ni imaginar lo que es ese sabor ¿Cómo lo describiría usted?*

– *Describir un sabor no es fácil.... El sabor de aguja es un sabor que es casi un dolor. Sí, eso es; llega un momento –cuando ya lleva uno un rato chupándola– que casi no se puede resistir; es como si el sabor fuese punzante. No picante, no; es que se hace cada vez más agudo. Algo de eso pasa con el sabor de la menta, pero la menta es siempre fría y la aguja no. También se parece un poco al sabor de la sangre, pero el sabor de la sangre es más gordo; el de la aguja es finísimo..., es limpio.*

Posiblemente **el tacto** sea el sentido menos descrito y sin embargo gracias a él podemos consolarnos con el sencillo gesto de pasar la mano por un adorno de porcelana: ...*Las rosas de porcelana tienen una suavidad que no es suavidad de seda, como la del pelo. Es una suavidad áspera, una suavidad mate... ¿Se podrá decir mate?... La del pelo, así perfectamente limpio, es igual a la de una madeja cuando se la desenvuelve para devanarla... Suavidad... No sé porque las cosas suaves consuelan.*

Estímulos en abierta sinestesia... *Este jabón de color de rosa tiene un olor que no es el olor de las rosas, pero las recuerda. Lo tiene uno en la mano y no parece estar oliendo rosas, sino viendo rosas.*

Vemos colores, y también vemos formas. Siempre en Chacel las formas son vistas hasta en lo más mínimo, por ejemplo en la caída de una humilde serpentina. ... *Verla desenvolverse y caer, cuando la tiran de un balcón, en espiral, deshaciéndose el tirabuzón hasta quedar tendida donde la lleva el aire, y siempre meciéndose, balanceándose, entremezclada con otras...*

Pero este deleite sensorial, no es un mero ejercicio. Los sentidos se afilan para acudir a los sentimientos. Sentimientos que pueden ser contenidos o impetuosos, incluso pueden desembocar en la osadía. Como esta escena de galanteo primerizo entre balcones:

Pero no creas que me escribe cartas de amor. Me escribe en una pizarra de esas de los chicos y me la enseña... ¡Tiene cada ocurrencia! Pone, un día, en letras de imprenta, "Si usted me mira"... borra y vuelve a poner: "No puedo estudiar", borra y vuelve a poner "Quítese del balcón"... Me indigno, pero no me quito, borra y vuelve a poner "Voy a tirarle una piedra" Me indigno mucho más, quiero aniquilarle con la mirada, pero veo que esconde algo a la espalda, con la mano derecha y con la otra me hace señas (como quien espanta a un pájaro) de que me vaya adentro... Ya veis que el balcón queda frente por frente. Me echo atrás y cae la piedra en medio del cuarto. La piedra envuelta en un papel, atada al papel una rosa. En el papel con la misma letra de imprenta, "Sin la piedra, la rosa no podría llegar" ¿No es divino?

Jóvenes que se inician en el amor y que tienen la costumbre de ir a pasear al Retiro. Ese espléndido parque que pasó a ser propiedad de la ciudad gracias a un decreto de la I^a República. Fue entonces cuando se mejoró la Casa de Fieras creada por Carlos III. Se creó La Rosaleda, se instalaron fuentes y esculturas, se levantaron edificios para exposiciones y en los jardines afloraron quioscos, cafés y restaurantes, convirtiéndose, en palabras de Gómez de la Serna, en el lugar preferido de *esos y esas que anían tener un jardín y que, ya que no tienen ninguno, se contentan con el mejor de todos.*

Como bien saben, la Casa de Fieras era el zoo de Madrid hasta que inauguraron el de la Casa de Campo en 1972. En ella se exhibían los animales que llegaban de las colonias americanas, algunos ejemplares de la fauna ibérica y otros pocos procedentes de Asia y África.

Los leones, esos viejos reyes dormitaban acostados sobre sus melenas, ya no muy pobladas, como si hubiesen perdido vedijas. En sus limitados paseos no tenían dónde engancharse y sin embargo estaban empobrecidas. Se abandonaban a su incuria, dormían desaliñados, bostezaban a veces. En un movimiento maquinal, efecto de la apatía sin cansancio, distendían las quijadas y dejaban ver un momento sus caninos felinos exhalando una espiración áspera... su aliento llegaba mezclado a las emanaciones de todo lo exudado, secretado, excretado por ellos... líquidos higienizadores se repartían alrededor de las jaulas sin lograr impedir que los vahos fétidos se extendiesen hacia el jardín.... Igualmente

el tigre, menos soñoliento paseando su paisaje de cañaveral y la pantera negra mirando desde su propia sombra. Sólo la hiena cómoda en la fetidez y luego los bichos pequeños amistosos, los frágiles flamencos, los antilopes, las cabras con su belleza antigua... También los monos en cierta libertad, aunque no tanta. Libres en un árbol pelado, rodeado de un foso. Libres con la tara de su fealdad, desnudos, incapaces, feos, obscenos...

Y así podríamos seguir observando Madrid a través de *Barrio de Maravillas* deteniéndonos en lo pequeño y lo grande, alzando los ojos y posándolos en las fachadas singulares que hoy han desaparecido... *Dos minutos de deslumbramiento ante la casa de las bolas. Su singularidad era una arbitrariedad que generaba belleza, capricho, gracia, ternura sugestiva. La casa de ladrillo, redondeada sus esquinas, con cierta pretensión de torreones, fulguraban en ellas las bolas verdes, rojas, amarillas, metálicas. Bolas de Navidad, simplemente y estaban allí incrustadas a una altura que ningún contacto del tráfico urbano podría herirla, sólo el tiempo, Y lo afrontaban día y noche, con lluvia, con sol con nieve.*

Como les digo, podríamos seguir, pero yo les animo a que lean la novela, o la releen, que quizá es mayor disfrute y paseen por el Barrio de Maravillas de Rosa Chacel.

Afortunadamente ya se nos ha acercado un poco más la voz y la palabra de Rosa Chacel, tanto en prosa como en verso. Está muy bien, porque ella nos facilita la vida al hablarnos del amor, de la piedad, de la culpa, de la duda, de la razón de la moral, del arte, de la soledad, del cine, nos evoca Madrid y eso que produce la memoria del recuerdo, que unido a lo que se inventa, termina siendo más verdad que la verdad misma.

Chacel hace una literatura desde su verdad más profunda. Una literatura que aspira a ser alimento y esperanza. Porque según afirma en *Acrópolis*, la segunda novela de la trilogía, *sin literatura no hay nutrición posible, no hay más que anemia, esclerosis, y emasculación*⁴.

Breve nota biográfica

Carmen Mejías Bonilla es Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense y Master de Radiodifusión por la misma Universidad.

Escritora, periodista de investigación, colaboradora en distintas publicaciones, conferenciante y locutora-recitadora.

4 Castración.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 1: "Hablar y Callar". Pedro Laín Entralgo
- Nº 2: "Historia de la Biología Molecular en España". Margarita Salas
- Nº 3: "Envejecimiento". Alberto Portera Sánchez
- Nº 4: "Los Mayores: cómo son". Enrique Miret Magdalena
- Nº 5: "Reflexión cristiana sobre la ancianidad". José María Díez Alegría
- Nº 6: "Los médicos y las humanidades: Maraión ante la Historia". Mariano Turiel de Castro
- Nº 7: "Guernica". José Veguillas Larios
- Nº 8: "Vicisitudes dramáticas de "El Abuelo". M^a de los Ángeles Rodríguez
- Nº 9: "Curso monográfico: cuatricentenario de Velázquez". Carmen Díaz Margarit.
Carmen Pérez de las Heras. Alberto Portera
- Nº 10: "Contenido mental, salud y destino". Víctor López García
- Nº 11: "Aula para Mayores, Universidad de Granada". Miguel Guirao
- Nº 12: "Los programas universitarios para personas mayores en España". Norberto Fdez. Muñoz
- Nº 13: "Rumanía: un país de raíces latinas". Inés P. Arnaiz Amigo
- S/N : Memoria de la "UMER", Universidad de Mayores Experiencia Recíproca, 1994-1999
- Nº 14 bis: "Historia y memoria de los niños de la guerra (en el siglo XX)". Alicia Alted Vigil
- Nº 15: "Aspectos Históricos y Literarios de la Gran Vía". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 16: "Las cooperativas y las personas mayores". Rafael Monge Simón
- Nº 17: "Los Mayores y la solidaridad". Padre Ángel García Ramírez
- Nº 18: "Mujeres españolas del siglo XX. María Zambrano". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 19: "Mujeres españolas del siglo XX. María Moliner". Carmen Pérez de las Heras
- Nº 20: "Los fines de la educación". Aurora Ruiz González
- Nº 21: "1999: Año Internacional de los Mayores". Norberto Fernández Muñoz
- Nº 22: "Poesías". Felicitas de las Heras Redondo
- Nº 23: "Consentimiento informado". Manuel Taboada Taboada
- Nº 24: "Aproximación a Edgar Neville y su cine". M^a de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 25: "Xavier Mina: un liberal español en la independencia de México". Manuel Ortuño Martínez
- Nº 26: "La verbena de la Paloma. La modernidad de su libreto". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 27: "Breve ronda de Madrid". María Aguado Garay
- Nº 28: "Una televisión "de" y "para" los mayores. ¿Otra utopía posible?". Agustín García Matilla
- Nº 29: "A mis 90 años: Por un optimismo razonable". Enrique Miret Magdalena
- Nº 30: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca "UMER" de 1999 a 2004"

CUADERNOS DE U.M.E.R.

- Nº 31: "Larra entrelíneas; los diarios ocultos". María Pilar García Pinacho
- Nº 32: "Recuerdo y desagravio a León Felipe". Mariano Turiel de Castro
- Nº 33: "El origen del hombre". María Almansa Bautista
- Nº 34: "Rosario Acuña: más allá de una estética feminista". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 35: "Cervantes, el Quijote y Madrid". Fidel Revilla
- Nº 36: "Contando cuentos...". Enrique de Antonio
- Nº 37: "Cómo mejorar el rendimiento mental con una nutrición adecuada". Víctor López García
- Nº 38: "El Madrid de la Segunda República". Feliciano Páez Camino
- Nº 39: "Posibilidades de futuro de la Biotecnología". Alfredo Liébana Collado
- Nº 40: "Mujeres: del voto femenino a *Nada*". Carmen Mejías Bonilla
- Nº 41: "El Madrid de la posguerra". José Ángel García Ballesteros y Fidel Revilla González
- Nº 42: "Voces de gesta y su esteno en Madrid: Un antihéroe valleinclaniano en escena". Ana Isabel Ballesteros Dorado
- Nº 43: "Novela y Guerra Civil". María Jesús Garrido Calvillo
- Nº 44: "La Constitución republicana de 1931 y el sufragio femenino". Feliciano Páez-Camino
- Nº 45: "Educación y Ciudadanía". Aurora Ruiz González
- Nº 46: "Miguel Mihura y el teatro de su tiempo". Julián Moreiro
- Nº 47: "Actitudes humanas, actitudes sociales". José María Huerta Paredes
- Nº 48: "España, de país de emigrantes a país de inmigrantes". Alicia Alted Vigil
- Nº 49: "Entre los bastidores de la historia del teatro". Juan Carlos Talavera Lapeña
- Nº 50: "No perdimos la esperanza (Recuerdos desde la U.M.E.R.)"
- Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla
- Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral
- Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero
- Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez
- Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach
- Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino
- Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).
- Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado
- Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río
- Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptor
- Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.